

La Inteligencia Espiritual

Montserrat del Pozo Roselló¹

Resumen

El artículo desarrolla el concepto de Inteligencia Espiritual. Tras analizar el concepto de inteligencia y el calificativo espiritual de la mano de diversos autores, la autora describe las características de esta inteligencia espiritual así como su necesidad y su forma de estimularse. Todo ello partiendo de la base de que el ser humano está abierto a la Trascendencia y necesita de ella para poder realizarse plenamente. Concluye la reflexión con una referencia a la relación de este tipo de inteligencia con la mística.

Palabras clave

Inteligencia, espiritualidad, trascendencia, sentido, pregunta, respuesta, mística.

Abstract

The article develops the spiritual intelligence concept. After analyzing the concept of intelligence and the term "spiritual" through the explanations provided by various researchers, the author describes the characteristics of this spiritual intelligence, and its importance and ways to stimulate it. For all this the human being's openness to transcendence and the fact he requires it for self-fulfilment is used as a starting point. The article concludes its reflexion with a reference on the relationship of this intelligence with mysticism.

Keywords

Intelligence, spirituality, transcendence, meaning, question, answer, mysticism.

¹ Es Misionera Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret. Ha escrito diversas obras sobre inteligencia múltiple y ha impartido cursos a alumnos y profesores al respecto por el mundo.

No puedo negar que me gusta este tema, la Inteligencia Espiritual, esta Inteligencia que nos configura y define, que todos poseemos, aunque no siempre haya sido reconocida o bien comprendida, incluso a veces hasta haya sido negada por quienes afirman que el mundo espiritual no tiene que ver con la Inteligencia. Afortunadamente hoy ya casi nadie se atreve a decirlo en serio. Aunque es reciente el estudio de la Inteligencia Espiritual, me llama la atención que en la carta de San Pablo a los Colosenses, ya leemos que el apóstol pide a Dios *“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. (Col 1,9-10).*

Para hablar de inteligencia espiritual me parece obligado comenzar por concretar qué entiendo por **Inteligencia**. El origen de las palabras, su etimología, nos ayuda muchas veces a entrar en el concepto. Así la palabra Inteligencia remite al latín, *Intus legere*, leer dentro, capacidad por tanto de discernir, de separar lo esencial de lo accidental, de escoger la mejor alternativa entre varias, después de haber sabido leer dentro; de cada una. De la Inteligencia podríamos decir que es la capacidad de aprender y de aprehender, de captar y, según Howard Gardner, de generar y resolver problemas, ... una cualidad propia del ser humano. Ya Blas Pascal se refirió hermosamente a ella como una cualidad únicamente humana al decir: “El ser humano es una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña que piensa... una caña inteligente”. Por sus frutos se le conoce. Sabemos que son muchas las actividades que la Inteligencia facilita al ser humano, así entre sus propiedades está poder planificar, reconocer y adaptarse al medio, organizar la coherencia de nuestros pensamientos, conocer la realidad desde grados de profundidad diferentes, dirigir la propia vida, en una palabra, vivir... Me dirán algunos que también a su manera los animales, seres vivos, hacen algunas de estas funciones, ya que decimos que los delfines son inteligentes... aunque mejor habría que decir que son instintivamente agradecidos al pescado que les espera y susceptibles de entrenamiento... que el pájaro carpintero se adapta bien al medio, que los pájaros que emigran a zonas más cálidas saben defenderse del frío... Es cierto que compartimos con los animales necesidades básicas como alimentación, reproducción, defensa, adaptación al medio... pero incluso éstas el ser humano las ha humanizado y a ellas hemos de añadir otras muchas, como el hecho de que buscamos y admiramos la belleza, somos capaces de utopía, nos preguntamos el porqué de muchas cosas, trascendemos nuestra inmediata satisfacción, tenemos conciencia de nosotros mismos, resolvemos situaciones bien difíciles... El ser humano es diferente, porque ade-

más sabe que sabe. La Inteligencia es patrimonio de la persona. Soy consciente de que no es fácil definir la Inteligencia, porque definir es atrapar, poner límites –otra vez la etimología–, y la Inteligencia es una facultad escurridiza, dice el Dr. Torralba, y además podríamos decir de ella que es astuta, porque posee la capacidad de recrearse a sí misma.

No es ninguna novedad afirmar que desde Binet el concepto de Inteligencia ha cambiado mucho y desde los estudios de Howard Gardner hoy ya es habitual hablar de Inteligencias Múltiples².

Howard Gardner², que en un principio no había incluido la Inteligencia espiritual entre sus Inteligencias, posteriormente se refiere a ella como “inteligencia existencial o trascendente” y la define como la capacidad de situarse a sí mismo respecto al cosmos, respecto a los rasgos existenciales de la propia condición humana: el significado de la vida, la búsqueda de sentido, el significado de la muerte, el arte, el amor...

Victor Frankl, el médico psiquiatra que sobrevivió desde 1942 hasta 1945 en varios campos de concentración, incluidos Auschwitz y Dachau, autor de “El hombre en busca de sentido” se refiere a la Inteligencia Espiritual como la capacidad propia del ser humano que le lleva a franquear barreras, a adentrarse en terrenos desconocidos, a superarse constantemente a sí mismo, a buscar el sentido de las grandes realidades de la vida y a indagar en lo que va más allá de su conocimiento.

Ya son muchos los escritores, pensadores, filósofos, científicos que se han preocupado por estudiar esta inteligencia. Y se unen a los que se han dedicado a estudiar el cerebro y sus múltiples y complejas funciones. Es curioso que el término **Inteligencia espiritual** fue utilizado creo que por primera vez no por un filósofo, sino por dos científicos: la Dra. Zohar y el psiquiatra Ian Marshall. En la segunda mitad del siglo XX estos científicos no estudiaban las inteligencias, les interesaba el cerebro. Fue su investigación sobre el cerebro y sus actividades la que les llevó a afirmar que cuando una persona lleva a cabo alguna práctica espiritual, de la índole que sea, cuando se hace preguntas sobre el sentido de su vida, cuando aborda temas religiosos o valores que hacen referencia al sentido profundo de las cosas, con una participación sincera –actividades propias de la Inteligencia Espiritual–, se producen una serie de ondas electromagnéticas que

² GADNER H., *La Inteligencia reformulada: Las inteligencias múltiples en el siglo XXI*, Barcelona 2007.

ofrecen unas oscilaciones neuronales a 40 hercios que recorren todo el cerebro y de manera más estable se registran en el lóbulo temporal. Curiosamente tanto Zohar como Ramachandran y Persinger, otros científicos que coinciden en sus descubrimientos, llaman a esta región de los lóbulos temporales “*el punto Dios*”. Buscando un nombre que definiera esta capacidad tan ajena a lo material, la llamaron Espiritual. Así dieron el nombre de Inteligencia Espiritual a la capacidad de plantearse el porqué y el para qué, de buscar los significados más profundos, soluciones creíbles a las grandes cuestiones que plantea la existencia. A partir de ellos son muchos los autores que directa o indirectamente han trabajado esta inteligencia y que creen que es la que capacita para la experiencia religiosa, a la vez que facilita la vida diaria.

El hecho de que escritores, filósofos, psicólogos, de nuestro siglo dediquen algunos de sus libros a esta Inteligencia es señal de que ésta preocupa a nuestra sociedad. Somos seres muy completos y estamos facultados tanto para resolver una complicada ecuación como para disfrutar de una composición musical, escribir un poema, captar el hondo sentido de un símbolo, pintar un cuadro, entender una parábola, contemplar la caída de una cascada, saborear el silencio, vivir una experiencia religiosa o poner a funcionar un robot.

Me gustaría ahondar un poco en el adjetivo que concreta esta inteligencia de la que hoy hablamos: ESPIRITUAL.

La palabra parece que se nos escapa, que nos vuela y no solo porque al Espíritu Santo se le ha representado como una paloma (no sé si muy acertadamente) sino porque espíritu –ruaj en hebreo y pneuma en griego– son palabras que hacen referencia a aliento, hálito, viento..., es algo que se mueve, algo ligero... que no se aprisiona, que se siente aunque no se vea.

En general, somos muy dados a crear oposiciones: blanco/negro; espíritu/materia; cuerpo/espíritu, espíritu/mundo... con lo cual se hablaba durante muchos años de que los espirituales eran los que se oponían a lo corporal, los que se daban a la fuga mundi, porque el mundo era lo contrario a espíritu; para algunos ser espiritual se identificaba con huir de lo terreno, de lo material, por tanto parecía que el ser humano era poseedor de una vida corporal y una vida espiritual paralela, diferente, como vidas distintas, sobrepuestas una a la otra.

La inteligencia espiritual no es un punto y aparte al margen de las otras inteligencias, la vida espiritual no es una vida aparte de la vida corporal, porque la vida es única, es una. Crecer en una ayuda a crecer en la otra. El ser humano

es una unidad cuerpo/espíritu porque es cuerpo y espíritu –mens sana in corpore sano, decían los clásicos–, quien puede vivir plenamente, satisfacer sus deseos y necesidades de toda índole, su ser espiritual le ayuda a una mejor plenitud física corpórea, de manera que agudiza sus sentidos, es capaz de satisfacer su hambre y a la vez disfrutar de la calidad de los alimentos que come, puede saborearlos y puede abstenerse de ellos; es capaz de satisfacer su impulso sexual y amar, amar entrañablemente decidiendo una donación de sí mismo; le puede atraer una cosa, una persona y es capaz de renunciar a ello para un fin superior por un movimiento interior de su ser; está capacitado para trascender y trascenderse porque el ser humano, la persona, es una unidad. Y es la Inteligencia Espiritual la que le permite tomar postura frente al mundo y adoptar un comportamiento como consecuencia.

Por supuesto la Inteligencia Espiritual es propia del ser humano y solo de él. Hablar del ser humano es hablar de la persona. Y me gustaría recordar **¿Qué entendemos por persona?** Si nos atenemos al concepto de persona, la etimología nos lo presenta en su origen, en Grecia, como aquel que se manifiesta con la máscara del teatro, persona es lo que se pone delante de la cara, “prosopos” persona - personare era para que lo vieran bien los espectadores desde lejos, lo identificaran y para que sonara bien su voz, para que se le pudiera escuchar bien. De ahí ha llegado a nosotros el concepto de persona, la totalidad del ser y personalidad tal como manifiesta su esencia, lo que es.

Si bien la etimología griega y latina nos acerca al concepto de persona, el sentido actual de persona lo debemos al cristianismo. Dice Xavier Zubiri: *“Es fácil hablar, en el curso de la historia de la filosofía, de lo que es la persona a diferencia de la res naturalis, por ejemplo en Descartes y en Kant sobre todo. Pero lo que se olvida es que la introducción del concepto de persona en su peculiaridad ha sido una obra del pensamiento cristiano, y de la revelación a que este pensamiento se refiere.”*

El cristianismo forja el valor de la persona humana en el Misterio de Navidad. Jesús lo confirma en el Evangelio al afirmar “lo que hicisteis a uno de estos pequeños a mí me lo hicisteis”. Es la concreción del Génesis: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Es verdad que en la sociedad anterior al cristianismo ya resonaban las palabras de Terencio (165 a.JC) “Soy hombre y nada humano me es ajeno”, y mucho antes en la decisión de Ulises narrada por Homero, cuando renuncia a la inmortalidad que le proponía la diosa afirmando “soy hombre y estoy muy orgulloso de serlo”, pero es el cristianismo el que le da validez especial al reconocerlo como hijo de Dios. Por esto, es bueno recordar

que, cuando la teología tuvo que echar mano de la filosofía para tratar de explicar con palabras humanas el ser de Dios habló de las tres Personas de la Trinidad, en el sentido de cómo Dios se nos manifiesta. Por esto la fe nos dice que en Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se suman las dos naturalezas: la humana y la divina, pero la Persona es única: Persona divina. No olvidemos que siempre hablamos de Dios por analogía, se nos escapa porque nos trasciende. Santo Tomás de Aquino uno de los que más desarrolló una teología sobre una filosofía tomista, afirma que de Dios sabemos más lo que no es que lo que es... de comprenderlo seríamos dioses. Decimos de Dios que hay tres personas por el hondo concepto filosófico de persona.

Valga esta digresión al hablar de la persona, porque lo propio de la persona humana es la Inteligencia Espiritual que entre otras posibilidades es la que le hace capaz de salir de sí, y le permite “fluir” tal como lo concibe Csiksgentmihalyi, gozar en plenitud de momentos que van más allá del tiempo y el espacio que nunca es cerrazón y le hace capaz de gozar de la dimensión contemplativa. Para los que achacan a la espiritualidad una cerrazón, una huida, hay que recordarles que es al revés, justo la espiritualidad ofrece al ser humano la apertura, la capacidad de integrarse y trascenderse, de abrirse a los demás y al mundo, al cosmos, y por supuesto a Dios.

Toda Inteligencia tiene unas peculiaridades mediante las cuales se manifiesta. Así entre las **características** de toda Inteligencia en general está la capacidad de hacerse preguntas, de buscar. El pensamiento griego nació de la pregunta –el interrogante tiene forma de anzuelo porque “pesca”–. La Inteligencia Espiritual se caracteriza por su capacidad de preguntarse más allá de lo que descubre en sí misma y en lo que le rodea, y precisamente esta peculiaridad es la que permite la apertura al Infinito. Prueba de ello es que todo ser humano, sea en la cultura que sea, coincide de una u otra forma en ello. Somos seres finitos pero abiertos al Infinito. “Nos has hecho para ti”, decía San Agustín y Kierkegaard afirmaba que somos seres efímeros abiertos a la eternidad, seres relativos constantemente referidos al Absoluto. La espiritualidad, la inteligencia espiritual es tan propia de la persona humana como la corporeidad, la sociabilidad o la emocionalidad.

Para los defensores a ultranza del materialismo habría que recordarles que si bien es cierto que el materialismo ha ayudado a comprender la realidad que nos rodea, aunque sesgadamente, no lo es menos que la física cuántica ha puesto de manifiesto que la materia posee menos sustancia de lo que se había imaginado.

Cuando Howard Gardner se refiere a la Inteligencia Espiritual dice de ella que “se podría considerar como una buena amalgama de las Inteligencias intrapersonal e interpersonal a las que habría que sumar un componente valorativo”. Pienso que aun cuando tiene características comunes con las dos inteligencias, efectivamente hay que añadirles algo más, no se puede reducir a ellas. Esta inteligencia responde preguntas que las otras dos ni se plantean ni pueden responder. En realidad la Inteligencia Espiritual está de una u otra forma en estas y en todas las Inteligencias.

Buscando las características específicas de esta Inteligencia y leyendo al Dr. Torralba, me gustó la manera como agrupa en bloques de preguntas lo que es característico sólo de la Inteligencia Espiritual. Según él son siete bloques:

Primer bloque: ¿Quién soy yo? Preguntas que van a la última realidad.

Segundo bloque ¿Qué será de mí? Si quieren poner nerviosa a la gente afirmen que es seguro que van a morir. Una realidad tan clara y cierta y sin embargo parece que sorprenda.

Tercer bloque: ¿De dónde vengo? Lo cantaba bien una gitana del siglo pasado que decía “No sé quién soy ni de dónde vengo ni pa dónde voy”.

Cuarto bloque: ¿Cuál es el sentido de la vida?

Quinto bloque: ¿Para qué todo? ¿Para qué la finalidad del universo y del ser humano?

Sexto bloque: ¿Para qué el presente, el pasado, el futuro, la historia...?

Séptimo bloque: ¿Existe Dios? ¿Dónde está?

Las preguntas están ahí. Pueden provocar diversas actitudes: Negarlas, resolverlas dogmáticamente, desesperar de encontrar respuestas... buscar incansablemente. Si es posible hacérselas es porque existe una capacidad que llamamos Inteligencia Espiritual.

Al hablar de inteligencia espiritual surge la pregunta: ¿cómo se nota?, **¿cómo se expresa?** ¿cómo se manifiesta? Aparentemente lo tenemos más claro en las otras inteligencias, pero lo cierto es que la expresión de cualquier Inteligencia y por tanto también de la Espiritual siempre es mediante el cuerpo. Pintar, cantar, investigar, escribir, bailar, orientarse, medir, necesitan la colaboración del cuerpo. También la Inteligencia Espiritual. Así la posibilidad de seguir caminando cuando casi se está exhausto es fruto de la libertad de decisión que emana

de la Inteligencia Espiritual, no se entiende sólo con la corporal porque, de ser así, pararía como una máquina sin cuerda, pero hace avanzar al cuerpo y sigue adelante. Lo expresó muy claramente Saint Exupéry en su novela "Vol de Nuit" cuando le hace decir al protagonista que seguir adelante en sus circunstancias no lo hubiera hecho ningún animal, pero él pensaba: mi mujer si me cree vivo sabe que camino y esto le hacía seguir, a pesar de todo.

Es curioso que en una sociedad materialista se haya despertado el interés por el zen, el yoga, la meditación trascendental que de alguna forma aumentan el bienestar corporal y la fuerza física.

¿Es necesaria la Inteligencia Espiritual? ¿Cuáles son sus prerrogativas? Con distintas palabras me lo preguntaba hace poco un universitario que había leído algunas cosas acerca de ella, pero que la confundía con algo que –según su expresión– “le olía a sacristía”. Le contesté con una contrapregunta. ¿Sabes si vale la pena tu vida? ¿Para qué vives? ¿Te lo has preguntado alguna vez? Se quedó tan sorprendido que me respondió: claro, y muchas veces, y quiero que mi vida tenga sentido, quiero ser feliz, si no ¿para qué vivo? Sin saberlo él mismo se había dado la respuesta. Sólo desde la Inteligencia Espiritual se podía hacer estas preguntas y ansiar la respuesta. Estuvimos hablando mucho rato, llegamos a estar de acuerdo en que un biólogo especialista –él era un apasionado de la biología– trabajando en el Loro Parque durante años podía saber todo acerca de los animales, de la naturaleza, su organización, necesidades, problemas, pero si no sabía el último sentido de toda esta maravilla que le rodea, no conocía el para qué, iba muy menguado en su conocimiento y no había puesto en funcionamiento su Inteligencia Espiritual. Tampoco la matemática, ni la química resuelven las últimas preguntas por el sentido de la vida, ni la ciencia, ni la técnica; necesitamos la Inteligencia Espiritual para hacernos la pregunta que trasciende e intentar respuestas. Porque es la única que ofrece a la persona la posibilidad de salir de sí misma, de separarse, coger distancia y verse en perspectiva, la que nos permite ir más allá y poder trascendernos. Este deseo de autotranscendencia que exige audacia y esperanza, es fruto de la Inteligencia Espiritual, no lo explica ninguna otra. Lo dice claramente Victor Frankl: “la persona no se entiende a sí misma de otra manera que a partir de la trascendencia. La llamada de la trascendencia él la escucha en su conciencia”. Y es una maravilla constatar lo bien que estamos hechos, porque la unidad de la persona se manifiesta en que en su capacidad de trascender, es propia de la Inteligencia Espiritual a la vez que utiliza todas las otras inteligencias para avanzar en ello. La Inteligencia espiritual no es una Inteligencia aparte; el arte, la filosofía, la lógica, la matemática, la cien-

cia colaboran con fuerza y protagonismo en este afán de aspirar a lo que todavía no es, desde el conocimiento de lo que es. Buen motor de la vida humana.

Maragall lo expresa como sólo los poetas saben hacerlo: “Vivir es desear más, siempre más; desear, no por apetito, sino por ilusión. La ilusión, esta es señal de vida; amar, esto es la vida. Amar hasta el punto de poder darse por lo amado, por el Amado”, poder olvidarse de sí mismo, esto es ser uno mismo, poder morir por algo, esto es vivir; el que solo piensa en sí no es nadie, está vacío; el que no es capaz de sentir gusto de morir, es que ya está muerto; solo el que puede sentirlo, el que puede olvidarse a sí mismo, el que puede darse, el que ama, en una palabra, está vivo”. Y entonces... “ama y haz lo que quieras,” que decía San Agustín. Amar es la justificación de la vida, Amarlo todo comenzando por amar a Dios y de Dios abajo. Amarlo todo menos la pereza de amar.

Dos actitudes hicieron la cultura griega: la pregunta y el asombro, la admiración es la madre de la filosofía (Aristóteles) y añadiría de todas las ciencias naturales y las dos: admiración y pregunta, son funciones de la Inteligencia Espiritual. Sin asombro no nace la curiosidad, sin asombro, sin admiración, no puede surgir la gran sorpresa de estar vivo. Saber que se existe cuando en realidad podía muy bien no haber existido es reconocer la grandeza y el límite de saberse ser contingente, para nada necesario y es un baño de realismo y de humildad que lleva a amar la vida y a gozar de ella, a responsabilizarse, a agradecer, a hacer de su estar en el mundo, del diario vivir, un hermoso proyecto. Este es el poder de la Inteligencia Espiritual. Solo la persona se sorprende de su vida, obviarlo es quedarse a nivel animal.

Si un día los hombres no se admiraran de nada, no se preguntarían por nada, aquel día habría muerto definitivamente el progreso científico y filosófico, la humanidad habría descendido un peldaño muy alto, estaría en la inconsciencia.

Si se mantiene estimulada la Inteligencia Espiritual automáticamente se activan las demás Inteligencias.

La Inteligencia Espiritual que nos permite el asombro, la pregunta, la búsqueda de conocimiento, es también la que nos faculta para entrar en nosotros mismos, para ello va unida a la Inteligencia intrapersonal. Solo quien es capaz de desarrollar la posibilidad de examinarse a fondo, descubrir sus limitaciones y sus recursos y posibilidades, puede ser él mismo y emprender una vida profesional. El viejo consejo “Conócete a ti mismo” encierra toda la sabiduría. Quien no se conoce, difícilmente podrá manifestarse ni realizarse; la In-

teligencia Espiritual le permite, además de conocerse, preguntarse por el sentido de su existencia, querer dotarla de significado, buscar sus más hondas y profundas posibilidades.

Preguntar, admirarse, preparan para otra capacidad que proporciona la Inteligencia Espiritual: Valorar. Quien ha desarrollado esta inteligencia puede repensar el pasado y anticipar el futuro, puede juzgar sus actos, sus omisiones, sus palabras y sus silencios a la luz de unos criterios, por esto puede rectificar. “Que hay un gozo en hacer bien por solo el gusto de hacerlo”, decía José M^a Pemán; es el resultado de una valoración positiva y en el caso de que haya sido negativa se ponen en marcha mecanismos de remordimiento... sopesar el valor ético de los actos, intuir valores éticos, estéticos (solo la belleza salvará al mundo” decía Dostoyevsky), religiosos, esforzarse por vivir de acuerdo a ellos, ir creando un orden de valores, que atraen e iluminan sus actuaciones es otra característica exclusiva de la Inteligencia Espiritual.

No quisiera olvidarme de otra posibilidad que ofrece la Inteligencia Espiritual: la capacidad de acercarnos y conmovernos ante una realidad que rodea la vida humana desde todos los ángulos: **el Misterio**, lo insondable, lo que los sentidos no perciben y la razón no aclara... y que precisamente por esto es fascinante.

El misterio porque tiene mucho de límite y a la vez de estímulo, no frena ninguna investigación, al revés es un buen impulsor, la Inteligencia Espiritual posibilita que el misterio de todas las cosas conmueva al ser humano, lo sorprenda y le impulse a adentrarse en él. La conclusión de un sabio biólogo francés ante el origen de la vida le hizo exclamar: “O misterio o absurdo y me decanto por el misterio”. Es de Einstein la afirmación “La experiencia más bella que podemos tener es la de lo misterioso” (Física y realidad).

Cuanto más se profundiza en las posibilidades que ofrece la Inteligencia Espiritual, más se sorprende uno de que sean tantas. No menos importante que las anteriores es la capacidad de saberse y sentirse uno con la Naturaleza –bien desarrollada la tenía San Francisco que pudo exclamar “Deus meus et omnia”–, Dios mío y todas las cosas. La Inteligencia Espiritual permite obtener una conciencia cósmica, la que hizo posible a Francisco hablar de la hermana agua, del hermano sol... la que hace que nos sintamos uno con el todo, la que no comprende la competitividad, porque se sabe formando parte de la fraternidad universal, la que nos ayudará a hacer realidad el hondo contenido de la *Laudato Si'*.

Tener un Ideal. El ideal es una estrella que brilla muy arriba y que por lo mismo invita a caminar siempre. Gerardo Diego afirmó: “la estrella es imposible, pero el camino es mío”. Qué bien dicho, la fuerza del ideal es que atrae, hace que uno se supere, invita a más y mejor; también es una posibilidad que nos ofrece la Inteligencia Espiritual. Lo más triste es una vida sin ideales, no aspirar a nada es haber abdicado de su capacidad de autotrascenderse, es no vivir, sino dejar que te vivan.

El testimonio del jesuita del Pozo del tío Raimundo, el P. Llanos (murió en 1992) nos dio en el Forum Vergés de Barcelona hace muchos años una buena definición de ideal. Ha sido un sacerdote muy controvertido por lo que supuso su vida entre los más desfavorecidos de uno de los barrios más conflictivos de Madrid, un hombre que apostó por la justicia social, la caridad evangélica. Hablaba de la responsabilidad que teníamos como cristianos frente a los obreros, a los que lo pasaban mal...y la necesidad de vivir con el ideal cristiano que iluminase, aunque fuera el heroísmo. Un chico le dijo: pero si yo apuesto por los obreros, los pobres, por mis ideas, tal como está el país, me pueden meter en la cárcel y yo ahora tengo 20 años. Si me caen diez años de cárcel ¿qué hago yo saliendo con 30? No se me olvida la respuesta del P. Llanos. Con una sonrisa benevolente, muy cariñoso, le respondió: “hijo, si tus ideas no pueden soportar diez años de cárcel es que no son muy firmes”, el ideal vale mucho más que los años de cárcel. Vale más que la vida.

Hemos dicho que la Inteligencia Espiritual capacita para tomar distancia frente al mundo y a uno mismo, esta misma capacidad es la que nos permite la ironía y el sentido del humor, que se fundan en esta característica:

La ironía tiene sus raíces en Grecia aquel “solo sé que no sé nada” es una muestra de fina ironía por parte de Sócrates, formaba parte de su método. La ironía y la mayeútica. Solo quien es capaz de tomar distancia de uno mismo puede reírse de sí mismo y esta capacidad es fruto de la Inteligencia Espiritual. La ironía cuando es como debe ser va junto al sentido del humor. Este sentido no tiene nada de superficial, requiere inteligencia y buen corazón, facilita las relaciones interpersonales, ayuda a vivir mejor a uno mismo y a los demás, hace más agradable la vida y es fruto de la Inteligencia Espiritual. Habría que rezar de vez en cuando la conocida oración de Santo Tomás Moro para pedir el buen humor. Humor no es contrario a seriedad, al revés, no podría haber humor sin seriedad, porque es su contrapunto. Sólo puede tener sentido del humor el que sabe trascenderse, verse en el lugar que le corresponde, conocer sus debilidades y quitar hierro a cualquier situación difícil.

Finalmente, la Inteligencia Espiritual no se identifica con la religión, sino que la permite. En su etimología, religión viene de religare, de crear vínculo. No exige religación a un ser superior la espiritualidad, pero no la descarta. La espiritualidad es la búsqueda de algo o alguien superior y la religiosidad es la vinculación con Alguien, un ser superior que la sostiene, conoce y acoge. Somos seres con el deseo de ir siempre más lejos, más alto, de trascender, hemos dicho varias veces, por esto podemos relacionarnos de alguna manera con el Trascendente, presente en todo lo creado, pero mucho más allá, sin identificarse con nada del mundo físico, por eso sólo el ser humano puede dedicarse a la oración, puede vivenciar a Dios como su interlocutor, es capaz del encuentro con Dios, aunque a veces sea sin palabras; solo el ser humano es contemplativo.

¿Cómo se estimula, cómo se cultiva la Inteligencia Espiritual?

Para esta pregunta sigo al Dr. Torralba que me parece que da una lista casi exhaustiva de posibilidades. Según él ayudan y favorecen el cultivo de esta Inteligencia:

El silencio y la soledad, que son dos buenos instrumentos. Quien no es capaz de soledad, de estar a solas consigo, no debería estar con nadie, porque si él no se soporta a sí mismo por qué va a imponer su compañía a otros. La soledad no tiene nada de huida, debe aprenderse, porque no es innata y contra lo que pudiera parecer, la capacidad de soledad faculta para la relación con los demás. El gusto por el silencio no es precisamente la característica de nuestro siglo XXI por lo menos en algunas edades. Hay que enseñar a descubrirlo.

El arte, cultivar el arte, contemplar el arte ayuda a cultivar la Inteligencia Espiritual. Me ha llamado la atención la afirmación de Kandinsky “el artista crea misteriosamente la verdadera obra de arte por vía mística”. “El artista tiene que educarse y ahondar en la propia alma, desarrollándola, porque el arte es el lenguaje que habla al alma”, “el arte abastece al espíritu”.

El diálogo, practicar el diálogo, acostumbrarse a escuchar al otro, ser receptivo, prestar atención, tratar de comprender el punto de vista del otro, un ejercicio muy interesante porque además, como hemos dicho varias veces, el ser humano es unidad. Quien aprende a dialogar con el otro sabe dialogar consigo mismo y aprende a dialogar con Dios. El diálogo es un camino para buscar la verdad, lo expresó bien Machado:

“¿Tu verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela”.

La cultura del Encuentro muy distinta de la cultura del “mercadeo”, cultura que sabe reconocer y aceptar el don y lleva consigo la necesidad de compartirlo con los demás.

Mens sana in corpore sano. El ejercicio físico, el deporte, tal como lo entendían los griegos que en el gymnasium se practicaban ejercicios físicos, junto a lecciones de filosofía, poesía... el deporte, cuando es deporte, fortifica el cuerpo y es práctica de superación. Espíritu y cuerpo unidos, fortalece uno y ayuda a fortalecer el otro. Por eso sabe tan mal escuchar estas falsificaciones actuales del deporte, desde dopajes, chanchullos, etc.

La capacidad de detenerse, de parar, bien entendido, el dulce far niente. Cuando una circunstancia cualquiera te tiene fuera de actividad, fuera de movimiento, puede ayudar a cultivar la Inteligencia Espiritual porque permite pensar, ahondar, reflexionar. La agitación constante no deja pensar. Importancia para el aprendizaje, acostumbrarse a subir la llamada escalera de la metacognición: ¿qué hice? ¿cómo lo hice? ¿qué cambiaría?

La atenta escucha de la música. Está comprobado que el buen desarrollo de la inteligencia musical, tanto en el que la ejecuta como en el que la escucha, lleva a un más allá, le trasciende, le ayuda a expresar su mundo interior. La música, dice Kandinsky, es el arte más abstracto, por esto es espiritual. Ya los latinos afirmaban que la música “*Artium suprema est*”.

La meditación, en lo que tiene de meditación propiamente tal, no confundir con la oración mental a la que la meditación puede ayudar, pero va más allá. La meditación por lo que tiene de operación mental ayudada de la respiración, la postura, etc. entendiéndola también que meditar va más allá de pensar, de resolver un problema, de leer atentamente. Se puede meditar desde la repetición de una palabra, de una frase; maestros de la meditación son nuestros místicos. La mayoría de los cantos de Taizé están en esta línea, favorecen la meditación, como el gregoriano.

La solidaridad, que hace ver al otro más allá de lengua, etnia, lugar, como un hermano. Actuar de manera solidaria es fruto de salir de uno mismo, de sentir y ser solidario.

La Inteligencia Espiritual, al igual que las otras, está en toda persona y requiere que se la desarrolle y por supuesto que se utilice. Todo cuanto sabemos acerca de la estimulación es igualmente válido cuando se trata de ejercitar la Inteligencia Espiritual. Y por otra parte, de la misma manera que un brazo que no se utilizara durante mucho tiempo, tendría muy limitado su movimiento, el hecho de prescindir de la Inteligencia Espiritual, de no utilizarla, llevaría a la persona a encontrarla atrofiada, es decir anulada por no haberla utilizado, por dejadez se le habría quedado en potencia, lo que podría haber sido y nunca fue.

Consecuencias de no desarrollarla: Porque a veces se entiende mejor el valor de una cosa por lo que ocurre cuando no se le posee, me gustaría dar una ojeada a las consecuencias de esta que podemos llamar atrofia de la Inteligencia Espiritual. Cuando no se ha desarrollado, fácilmente se cae en el **Sectarismo**, se opone a la ciencia, en realidad casi se opone a todo y a todos, es una cerrazón, una visión estrecha que le lleva a pensar que solo él tiene la verdad y todo el mundo está equivocado. Las sectas por esto son peligrosas, encierran a la persona, la manipulan, el sectarismo muchas veces lleva al **fanatismo** que es una especie de enfermedad aguda que se cree en la obligación de hacer que todos los demás cambien y piensen igual que uno. Basta leer el periódico para ver las consecuencias hoy y saber historia para ver las consecuencias a lo largo del tiempo.

El fanático defiende solo lo que él cree que es su verdad y al que no piensa igual trata de cambiarlo o eliminarlo. No tan agudo pero **la intolerancia**, esta incapacidad de aceptar al otro nace también de una inteligencia espiritual no cultivada. **El gregarismo** relacionado con el sectarismo que hace que se elimine casi el valor de la individualidad, es un “vicentismo” exacerbado. Es caldo de cultivo para entrar en él la persona que no piensa, que no es libre, que no ha entrado nunca dentro de sí, que no gobierna su vida.

Fácilmente detectadas **la superficialidad, la banalidad, la postverdad que van cobrando protagonismo**, escubrimos que son fruto de la no estimulación de la Inteligencia Espiritual. La búsqueda de la novedad del momento, la moda a toda costa, la negativa a ir a fondo de nada, con el ir tirando bien sin preocupaciones unida casi siempre a la pereza, que lleva al interés por lo vulgar, lo facilón, lo burdo. Junto a ella **el consumismo**, porque como no hay valor interno hay que ponerle cosas, consumir objetos, informaciones, y por qué no, también personas; es dejarse llevar por la cultura del poseer, tener por el gusto de tener.

El vacío existencial que fue objeto de estudio de Victor Frankl que lo definió como una frustración total de la propia existencia es hijo de este abandono

e ignorancia de la Inteligencia Espiritual. Este vacío provoca el aburrimiento. Schopenhauer dijo del aburrido que era la persona sin afán de conocimiento ni de placer a no ser que sea un placer a flor de piel, sensible, considera que su mayor ambición está en una copa de champán y un plato de ostras. Y esto sin esfuerzo, pero tampoco le satisface mucho tiempo, enseguida le aburre, porque el **aburrimiento** es fruto directo de la atrofia de la Inteligencia Espiritual, quien se aburre solo piensa en matar el tiempo, que pase... los sentidos están despiertos pero el cerebro está dormido, el cerebro está “vacío”. Un consejo contra el aburrimiento “ no sea burra”.

Más peligroso si cabe es el **autoengaño** al no entrar dentro de sí mismo, no se conoce y a partir de ahí se engaña, se hace trampa y se fabrica una visión de sí mismo más agradable, deformada y puede llegar a negar facetas reales. Es tanto como no vivir en la verdad. No es necesario subrayar lo triste que es vivir a medias, o peor aún vivir engañado. Puede llegar a patologías dramáticas. La importancia de cultivar esta inteligencia y de ayudar a que otros la descubran y cultiven es una urgencia y además el mejor favor que se les puede hacer. Atrévete a ser lo que eres habría que decir para motivar que se estimule esta Inteligencia. Y morirse sin haberla desarrollado sería casi no haber vivido.

Cuando leía el otro día mientras preparaba esta Inteligencia las palabras de Rahner: el siglo XXI será místico o no será, pensé que precisamente el cultivo de la Inteligencia Espiritual es el que facilita la mística. Tiene mala prensa la mística porque parece que sea algo de la Edad Media, o algo rarísimo casi propio de exaltados, extraños.

Si extraña sonó esta afirmación de Rahner cuando se hizo, más extraña podría aparecer ahora iniciado el siglo XXI, ¿o tal vez no? Me gustaría dedicar unas palabras a la mística y su relación con el buen desarrollo de la Inteligencia Espiritual. Bastaría leer a fondo a San Juan de la Cruz para saber qué es la mística:

“Quedéme y olvidéme, el rostro recliné sobre el Amado.

Cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado”.

Mejor definición, imposible.

Cuando San Juan de la Cruz escribe estos versos tan hermosos está definiendo cómo vive él la mística; es un trascender toda la persona, es un fluir, pero más aún es reclinar el rostro sobre el Amado, es esta fusión si se puede hablar así con Dios.

Da mucho respeto hablar de la mística, da miedo de estropearla sobre todo por lo que tiene de experiencia de Dios. Tiene que ver con la mística aquella oración del corazón de las Iglesias de Oriente, sobre todo la Iglesia rusa, precioso el libro del Peregrino ruso que hace referencia a esta oración. Repetir el nombre de Jesús al compás de las sístoles y diástoles del corazón con la conciencia de la propia indignidad es una de sus prácticas más conocidas y extendidas. La Filocalia, este libro conjunto de textos de los santos padres del desierto es un tratado de mística. Cuando la Inteligencia Espiritual permite salir de uno mismo para ir al fondo, trascendiéndose es terreno abonado para lo que pide Macario el Grande cuando un discípulo le preguntó por el sentido de una afirmación que había leído: Qué es “estar en tu presencia” le preguntó, y dice este padre del desierto: “No existe otra meditación a no ser el nombre saludable y bendito de Nuestro Señor Jesucristo habitando sin cesar en ti. Debes poner atención en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo: cuando tus labios estén deseosos de atraerlo, piensa solo en la invocación *Señor Jesús, ten piedad*. Otro padre del desierto aconseja a sus discípulos tres maneras o grados de oración y afirma que el tercero es el rapto del alma en el Señor. Todos coinciden con palabras más o menos iguales en este elevarse sobre uno mismo para encontrarse con el Todo. La poesía de San Juan de la Cruz lo expresa de forma muy sencilla: “Entréme donde no supe y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo. Y es de tan alta excelencia aqueste sumo saber, que no hay facultad ni ciencia que le puedan emprender quien se supiere vencer con un no saber sabiendo, irá siempre trascendiendo”. (...).

Es un camino a recorrer que pide “dejar porque se sigue”... Cobra plenitud en la mística todo cuanto hemos dicho de la Inteligencia Espiritual, la capacidad de salir de uno mismo para mejor conocerse, la capacidad de buscar la verdad, de amar la belleza, de identificarse con la bondad, la posibilidad del encuentro que nos hace entrar en diálogo con el Dios que vive en mi interior y de hacer el bien a mis hermanos, el deseo de cambiar el mundo.

El camino de la humildad, de la verdad desnuda pasa por aquel consejo: “Para venir a gustarlo todo –dice S Juan de la Cruz– no quieras tener gusto en nada”; al que solo puede llevar el cultivo de la Inteligencia Espiritual que es capaz de captar la grandeza de esta paradoja. Mi nada es la que me permite el encuentro con el Todo. Rabindranath Tagore, este poeta hindú que merece la pena leer, dice en uno de sus escritos, “Que quede de mí mismo tan poca cosa, solo aquello con lo que yo pueda llamarte mi Todo”. Es la Inteligencia Espiritual la que nos lleva a la sabiduría, la que conoce desde el interior, la que “gusta”, sa-

borea... no olvidemos que el don del Espíritu Santo es la sabiduría el “sapere”, gustar de las cosas de Dios, gustar del mismo Dios. Para ello es necesario el silencio interior que posibilita amar mucho a Dios a partir de la capacidad de hacer silencio de palabras, de deseos, de pensamientos.

La experiencia mística es una experiencia de unidad intuitiva-inmediata. San Pablo la definió de aquella manera tan sencilla: “Y vi lo que nadie vio y oí lo que nadie escuchó”. Rahner cuando habla de la palabra místico habla de un creyente que hace experiencia personal de su fe. Es “El encuentro interior unitivo de una persona con la infinitud divina que le fundamenta tanto a él como a todo ser”.

Así la mística es la plenitud de la experiencia religiosa. No es cuestión de entendimiento ni de voluntad, no es cuestión de paños, hay que entregarse. “acaba de entregarte ya de vero”, es don de Dios. El místico se adentra en el desierto donde se encuentra con Dios y con el mal, la tentación. Perfectamente expresado en las tentaciones de Jesús en el desierto que nos narran los evangelios, y allí vencen con la gracia de Dios. Y se entregan a su misión. Con frecuencia el místico sólo se manifiesta por la fecundidad de sus obras apostólicas o por sus escritos. El místico se caracteriza por su equilibrio humano y por su capacidad de acción. Ante la dificultad, ante purificaciones pasivas por las que atraviesa, el místico se mantiene firme, profundiza en la humildad, la mansedumbre, la misericordia, la dulzura (pienso en el Padre Arrupe), es capaz de transformar el dolor en amor. Quien hace de verdad la experiencia de Dios es lanzado por Dios a los caminos de la historia. El místico mira el mundo con la mirada de Dios, por esto es apóstol. En cada místico hay una llamada distinta de Dios que le puede llevar a distintas opciones: para algunos es profundización en el misterio de Dios, proclamación de la fe, para otros es una misión profética, para otros el ejercicio heroico de la caridad. Importante es siempre entrar en el corazón de Dios, sentir su ternura para con la humanidad y llevar a cabo la misión que Dios le encomienda.

Bienaventurado aquel a quien Dios regala el don de la mística, bienaventurado aquel que se deja llevar por Dios hacia este don. Dotados de Inteligencia Espiritual, hagámosla crecer y fructificar en nosotros y ayudemos a que crezca y fructifique en cuantos entren en relación con nosotros.